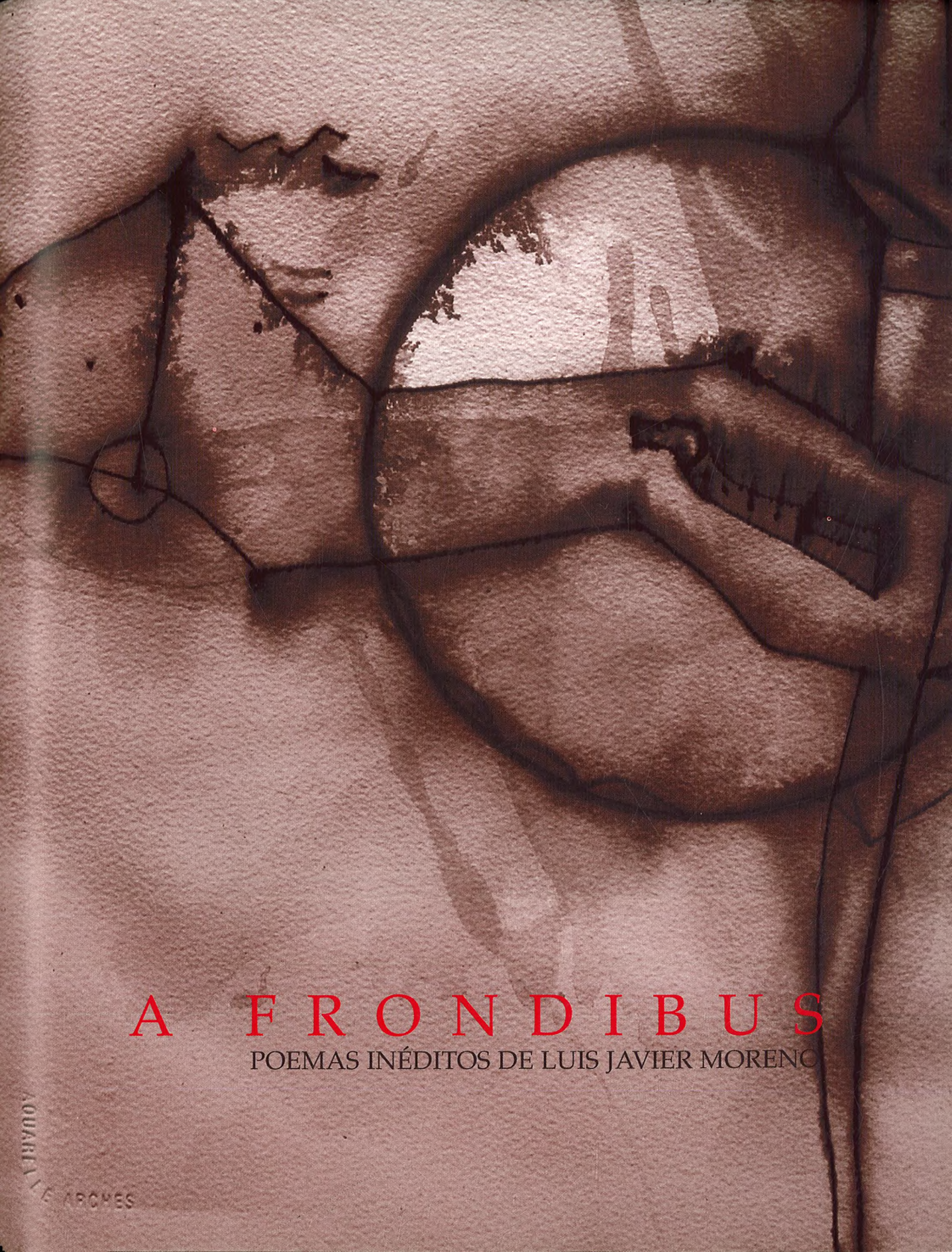


A FRONDIBUS

POEMAS INÉDITOS DE LUIS JAVIER MORENO

EDUARD VE ARCHES



A FRONDIBUS

POEMAS INÉDITOS DE LUIS JAVIER MORENO

UNO

Los poetas ancianos, cuando cierran
en verano la escuela donde estudian las chicas,
reptan tras los placeres que esas vírgenes
pudieran conferirles, éllas, a estos obsesos
(rostros que los espejos no retienen),
al abrir éllas el desván del sueño
donde el ardor del pubis las empapa
(trono de sombra oscura) el medio cuerpo.
La pasión de los viejos es un témpano
de hielo sucio entre perdidos pájaros
de una rama a otra rama por las verdes
alamedas de junio en donde el canto
ablanda la cadencia de su sangre
al ritmo del sopor en el que olvidan
éllos su nombre, obscenos onanistas,
dañinos al crecer de las muchachas.
Éllos además sueñan con aplausos
sobre un blando sillón, bajo las cúpulas
más rotundas del arte neoclásico
donde sus distinguidos convecinos siguen
(entre un bostezo y una cabezada)
el ritmo lateral de la voz de sus versos
que, antiguos como éllos, se desplazan
bajo un palio de miasmas coetáneos
a uncir lo bello-suyo a su rústica herencia.
El límite difuso del recuerdo
genera dudas que parecen reales
sobre el brillo angular de un diamante
que orienta su lascivia hacia el instante
desnudo en que la chica en el desván
se prueba los corpiños de una tía
que había muerto, joven y soltera,
con un ramo de lirios en los brazos.



DOS

Absorto en el absurdo de un día laborable
se obstinó en recordar el nombre que no tuvo
a la sombra liviana de una forma
de entrevistos, malignos, panoramas del lado
de acá de su ventana. Los describe
como asomado al mar, buscando suerte,
y hacerlos verso y mapas con ovarios
que alumbren flores, corazón, aroma...
Él se hunde entre tabaco sobre un libro,
y levanta del suelo una cortina
de lívido amarillo que le aísle
de la suma idiotez de sus paisanos:
unos lerdos devotos sometidos
a las sargas oscuras, guardapolvos
donde, debajo, sube y baja, asoma
un pájaro que aspira a liberarse.
La tinta abruptamente se despeña
por las arrugas blancas del cuaderno.
El muchacho suspira, llega junio
y no tiene florero donde pueda
desparramar sus rojas peonías
que entre ambas ingles ha ido cultivando:
los pétalos, la grana, el polvo de oro
de los estambres de sus mariposas
cada vez más hinchadas, más espesas,
mientras que se pregunta por qué el sábado
me despierto en la sucia luz del lunes,
cuando no ha amanecido ni aún es lunes?

TRES

Disfrutaste el destello de la llama del oro
en la parte amarillo-trasera de los patios
frente a la risa de las amapolas?
Huyen y después vuelven... Son palabras
redondas cual la masa de la tierra
difuminadas en el horizonte
en que la niebla agrede el perfil del deseo.
Te interesa, quizás, aún algo de ellas?
Piénsalo antes de hablar, la mano a veces,
cuando logra bajar la cremallera
no encuentra lo que ansía, sólo roza
una pálida mancha desteñida
de rojo sobre el centro, húmedo-frío,
de unas bragas baratas, sintéticas, de lycra.

CUATRO

Desnuda era más joven que vestida.
En cuanto se ponía el camisón
aumentaba de edad y le brotaban
de las caderas unas raras flores
de un penetrante aroma a fresas frescas.
El vértigo ascendía y entre tanto,
desde abajo, la fiebre de los loros
les enzarzaba en un soez coloquio,
sobre lo que han oído e imaginan,
respecto a la manera en que eyaculan
en su época de celo los mamíferos...
Una póstuma amnesia que ya no se desdice.

CINCO

Los amarillos dedos del tabaco,
mojados son más dulces que encendidos.
Lo supo pronto el chico, acostumbrado
a la tierna humedad de las tabernas
en donde los alcohólicos orinan
en el rincón más próximo a la sombra
que la lejía no desluce nunca
a la luz turbia del amanecer.
Él soñaba caminos sobre escarcha
que, desde octubre, la Osa Mayor sella
contra el espejo liso de la fiebre
mientras se convalece de la gripe
y se acercan las botas, más que nunca,
al corazón de las adolescentes,
rebosante de lágrimas perfectas
en las que van los cuerpos conformándose
para ocupar un lecho con las sábanas limpias.